

cripciones, los cuerpos siguientes reclutados en Bélgica y ambas Germanias.

Bátavos: un ala y nueve cohortes.—Nervios: seis cohortes.—Lingones: cuatro cohortes.—Tongros: un ala y dos cohortes.—Sicambros: cuatro cohortes.—Matiacos: dos cohortes.—Caninefates: un ala y una cohorte. Los pueblos siguientes proporcionaban, el primero



Hondero (copiado de la columna de Trajano)

un ala y los demás una cohorte: Treverios, betasios, cugernios, frisonos, helvecios, morinos, nemetes, secuanos, rauracos, vangiones, ubios, usipios, menapios.—Dos cohortes de germanos y una de belgas, se apellidan así porque, á diferencia de los cuerpos mencionados, se reclutaban indistintamente entre la masa de belgas y germanos. En junto había 4 alas y 41 cohortes, de las cuales había 13 y un ala de 1000 soldados.

La lista no está completa. Hemos atribuído un ala ó una cohorte á la mayoría de los pueblos nombrados. Pero casi todos estos cuerpos llevan en las inscripciones el número uno, lo cual parece indicar que por lo menos había dos ó más del mismo origen. La proporción de alas resulta harto inferior para no creer que existen lagunas en los datos que han llegado hasta nosotros. También sorprende el débil contingente de un pueblo tan numeroso como el de los treverios. Quizá es porque los cuerpos de treverios fueron disueltos al acabar la rebelión del 70, y, salvo un ala, no dejaron huella. El cuadro que hemos trazado no puede, pues, tomarse como exacto. Pero tal cual es basta para dar á la Galia del Norte y del Nordeste un puesto de honor en la historia militar del Imperio.

Al contingente de las provincias imperiales es necesario añadir el de las procuratoriales que, naturalmente, sufrían la misma ley. Son: una cohorte de ligures y una de *montani* ó montañeses, sacadas de los Alpes Marítimos; cuatro de alpinos que provenían de las provincias alpinas y un ala de *vallenses* ó habitantes del Valais. Se sabe de una cohorte de marinos de los Alpes Marítimos, reclutada probablemente en el litoral, cuya custodia se le encargó. Es la única vez en que aparecen los galos contribuyendo al reclutamiento de marinos, aun cuando tuvieran en sus costas las escuadras de Fréjus y de Boloña y la flotilla del Rhin. Prestaban demasiados servicios en los ejércitos terrestres para que se pensase en emplearlos en otros puntos.

Los soldados galos quedaban en su patria, encargados, en su mayoría, de la defensa de la frontera renana. El ejército del Rhin era, pues, galo, ó mejor, galo-germánico, y lo fué más y más á medida que se acentuó en las instituciones militares de Roma una tendencia que forzosamente debía manifestarse, dada la inmensidad del Imperio y la diversidad de los pueblos comprendidos en su seno.

Desde que se fundó el régimen imperial, los ejércitos aparecen divididos en grupos bien determinados. Por una parte el de Oriente, griego, egipcio y sirio; de otra el de Occidente, esencialmente latino. Entre ambos, el del Danubio, de composición híbrida, sirve de transición. A estos tres grupos se oponen las guardias pretoriana y urbana, reclutadas en Italia, personificando el espíritu de la antigua Roma, herederas de su orgullo ya que no de sus virtudes. En el choque que sigue á la muerte de Nerón se destaca la individualidad de cada ejército.

En esta época los galos afectos al servicio de las legiones aparecen en casi todos los puntos de Occidente, jamás en Oriente. Se los encuentra en las legiones de Iliria, que representan la fracción occidental del ejército del Danubio, en las de Africa, España y Bretaña y sobre todo en las germanas.

La cuarta *Macedónica* se envió en 43 á la Germania superior. Se la licenció en 70, á consecuencia de su actitud en los acontecimientos de aquel año nefasto. De 25 soldados escogidos al azar en esta legión y cuyos epitafios, con la mención de su patria, se han hallado en los acantonamientos de Maguncia, 17 nacieron en tierra de Galias, á saber: 2 en la Nórlica, 5 en la Cisalpina, 11 en la Transalpina, de los cuales 10 eran de la Narbonense y 1 de Lyon. Hay que añadir 3 españoles nacidos en Nertóbriga, ciudad cuyo nombre es céltico. Se advierte la misma proporción en la vigésima segunda *Primigenia*, que permaneció en la misma comarca igual número de años, desde 43 á 69, y que de nuevo volvió en 91. De 27 soldados sepultados, todos, salvo dos que lo fueron en los acantonamientos germánicos, son: 2 de la Retia, 2 de la Nórlica, 11 de la Cisalpina y 11 de la Transalpina, de los cuales 5 son de la Narbonense, 1 de los Alpes Marítimos, 3 de la Germania superior y 2 de la inferior.

Los cuerpos auxiliares más que las legiones dan al ejército galo-germánico fisonomía propia. Es verdad que en ellos se encuentran alas y cohortes venidas de España, Bretaña y Retia; pero no hay que olvidar que las dos últimas y hasta España, en cierto modo, son países célticos. Sin embargo, el elemento que domina es el galo y el germano. Por un favor especial habían permanecido siempre, tanto como las circunstancias lo permitían, en sus países nativos ó en sus fronteras, y como se reclutaban en ellos, su composición no varió más que su residencia. No ocurría lo propio con los cuerpos similares diseminados por las otras provincias cuyos cambios de guarnición variaba su recluta. Quizá los germanos y los galos fueron los únicos cuerpos auxiliares que se libraron de la ley común y consiguieron conservar su cohesión primitiva.

No perdieron aquel privilegio hasta Vespasiano. Ni las defecciones de Arminio, Floro y Sacrovir habían quebrantado la confianza de los emperadores en la adhesión de estas tropas. No resistió, sin embargo, á la rebelión

de Civilis, Clásico y Tutor. Vespasiano no se contentó con licenciar los cuerpos más comprometidos, bátavos y treverios, sino que cambió de guarnición los demás y les privó de sus jefes indígenas. Los documentos relativos al ejército del Rhin desde fines del siglo I no mencionan como cuerpos auxiliares galos más que los aquitanos, cuya fidelidad no podía ponerse en duda. No



Arquero (copiado de la columna de Antonio)

nombran ninguno ó casi ninguno sacado de la Lyonesa, Bélgica y Germania.

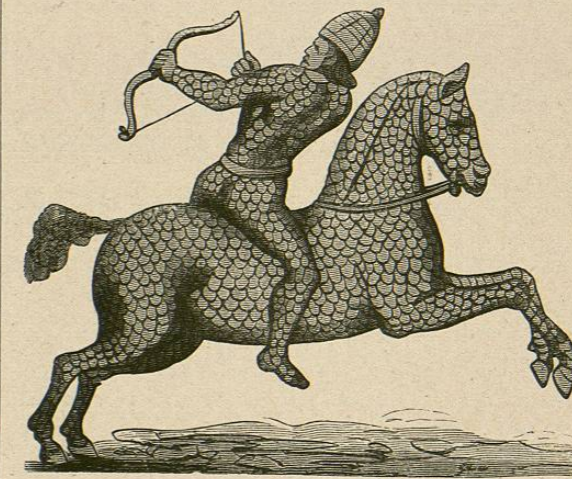
La medida de Vespasiano fué un hecho sin importancia. No alteró más que parcialmente y por poco tiempo la composición del ejército. En primer lugar no atañía á las legiones, y por lo que hace á los cuerpos auxiliares reclutados de nuevo, si no eran galos de nombre y origen, no tardaron en serlo de hecho.

Fué la consecuencia de una reforma adoptada á mediados del siglo II. La recluta había sido hasta entonces casi puramente regional. Desde entonces tuvo un carácter poco menos que exclusivamente local. Tan sólo los países donde estaban acantonadas las tropas proveyeron á su recluta. La dominación de Roma estaba harto bien sentada y lealmente aceptada para que tal reforma inspirara los escrúpulos que en otro tiempo sintió Vespasiano. Evitaba además los traslados costosos. Pero daba por resultado excluir del servicio de las armas á los habitantes de las provincias senatoriales y á los de Italia. Desaparecieron del ejército los elementos genuinamente romanos y fueron reemplazados por la población de las fronteras. Entre la legión, no ya provincial, sino semi-bárbara, y las tropas de los cuerpos auxiliares empezó á notarse una tendencia hacia la mutua igualdad, con tanto mayor motivo cuanto que la distinción que aún reinaba entre ciudadanos y no ciudadanos quedó casi abolida en 212 por el edicto de Caracalla. Sólo faltaba, y en verdad no del todo, abrir á esta invasión las filas de la guarnición de Roma. La zona de reclutamiento se había ensanchado, así para las cohortes pretorianas como para la legión. Desde un siglo antes los habitantes de la España Tarraconense, de Lusitania, de la Nórlica y de las regiones del Danubio Alto y Medio, figuraban en este cuerpo junto á los italianos. Séptimo Severo (193-211) expulsó definitivamente á estos últimos y llamó en masa á ilirios, africanos y sirios.

El principio de la recluta local no podía aplicarse sino á las provincias que tenían escasa guarnición. Resultaba insuficiente allí donde había tropas numerosas. No se extrañará, pues, encontrar en las legiones del Rhin gran número de reclutas de la Lyonesa, Aquitania y de las provincias danubianas más vecinas, en especial de la Retia. Lo nuevo era la proporción hasta entonces inusitada de legionarios nacidos en las comarcas renanas. Es de notar que ni después de la muerte de Séptimo Severo, Galia ni Germania contribuyeron á la recluta de la guardia pretoriana. Se juzgaba sin duda que necesitaban de todas sus fuerzas para hacer frente al peligro que amenazaba en el Rhin. Por la misma razón los galos no sirvieron ya más en el ejército de Africa.

Otro cambio, no menos grave, se cumplía á la sazón en las legiones. No eran admitidos en ellas los esclavos, ni se admitieron nunca de derecho. Pero un esclavo podía ser un día ú otro un liberto. Un liberto podía convertirse no menos rápidamente, por la ficción de la *natalium restitutio*, en el equivalente de un *ingenu*, de un hombre libre de nacimiento. Bastaba esto para burlar la ley. Los libertos, confinados durante largo tiempo á las dotaciones de los buques y á las cohortes de *vigiles* ó vigilantes nocturnos de Roma, entraron en los cuerpos auxiliares y de allí en las legiones. Vemos que eran ya muy numerosos en tiempo de Marco Aurelio (161-180). Libertos ó ingenuos por el imperio de la ley, salían apenas de la servidumbre y representaban las clases ínfimas y las heces de la población.

El sistema militar del Imperio presentaba grandes ventajas. Hacía del ejército un plantel de ciudadanos. Fué, por lo mismo, un agente muy poderoso de propagación del derecho de ciudadanía y para la romanización de las provincias. Reducía á su más mínima expresión el esfuerzo impuesto para el mantenimiento de la seguridad pública y proporcionaba á la inmensa mayoría de los súbditos de Roma, á los más laboriosos é inteli-



Arquero (copiado de la columna de Trajano)

gentes, la actividad regular que, bajo los anteriores regímenes, no conocieran. Producía soldados maravillosamente instruídos y avezados á las fatigas y riesgos y tanto más dispuestos á batirse cuanto que, en la frontera donde prestaban servicio, al mismo tiempo que se batían por Roma luchaban también por su patria y por sus hogares. Tal sentimiento influyó mucho, á no dudarlo,

en el valor desplegado hasta el fin por el ejército de la Galia.

Pero este sistema ofrecía, en lo presente y en lo porvenir, graves inconvenientes. Aislado los ejércitos del elemento civil y acusando entre ellos las diferencias de raza, desarrollaba de un modo excesivo el espíritu de cuerpo y el particularismo provincial. Como eran más afectos á su jefe que al emperador, más adictos á su patria inmediata que á la gran patria romana, sentían debilitarse, al propio tiempo que la noción del deber militar, la de la solidaridad nacional. Fué aquel sistema para el ejército, entregado á las intrigas de los ambiciosos, la ruina de la disciplina, y para el Estado levadura de rebeliones y germen de disolución. Hemos visto producirse tales resultados antes de cumplir un siglo de la muerte de Augusto. Los veremos reproducidos y agravados en la crisis del siglo III. En fin—y éste no fué el menor riesgo,—la parte más noble é ilustrada de la población perdió, entregada á las delicias de la paz, la costumbre y el gusto de las armas. La composición de los ejércitos acabó de desacreditar el servicio militar, presentándolo como el último y peor de los oficios. Cada vez se confió más, para la defensa del Imperio, en los ejércitos bárbaros que acabaron por cobrarse sus servicios explotándolo y desmembrándolo en provecho suyo.

CAPÍTULO II

EL GOBIERNO LOCAL

I. La religión imperial y las asambleas provinciales.—II. Los Estados ó ciudades. Los cantones ó *pagi*.—III. Transformación de los Estados galos en ciudades romanas.—IV. Diversos tipos de ciudades.—V. Régimen municipal. Las magistraturas. Los sacerdotes.—VI. Régimen municipal (continuación). El Senado y la aristocracia. Los augustales y la plebe. Los *pagi* y los *vici*.

I.—La religión imperial y las asambleas provinciales (1)

Durante el Imperio se fundó una religión de Estado que tuvo importantes consecuencias para la administración de las provincias y de las ciudades. Por ahora sólo debemos cuidar de lo que se refiere á la administración de aquéllas.

La deificación del soberano es lo que nos sorprende más entre los antiguos. Para apreciar debidamente tal costumbre hay que hacerlo desde su punto de vista. No imaginaban que hubiese una distancia infranqueable en-

(1) FUENTES.—Además de las inscripciones, que son las fuentes principales, Dion Casio, LIV, 32; Tito Livio, *Periocha*, 139; Suetonio, *Claudio*, 12; Plinio, *Epístolas*, I, 7; II, 11 y 12; III, 4 y 9, etc.

OBRAS DE CONSULTA.—Guiraud, *Les assemblées provinciales dans l'Empire romain*, 1887. *Un document nouveau sur les assemblées provinciales de l'Empire romain*, «Compte rendu de l'Académie des Sciences morales et politiques», 1888. Beurlier, *Essai sur le culte rendu aux empereurs romains*, 1890. Carotte, *Les assemblées provinciales de la Gaule romaine*, 1895. Hirschfeld, *Zur Geschichte des römischen Kaisercultus*, Sitzungsberichte de la Academia de Berlín, 1888. Krascheninnikoff, *Ueber die Einführung des provincialen Kaisercultus in römischen Westen*, Philologus, 1894. Jullian, *Flamen*, «Dictionnaire des antiquités», de Saglio.—Acerca del altar de Lyon: Bernard, *Le temple d'Auguste et la nationalité gauloise*, 1864. Allmer y Dissard, *Musée de Lyon*, II, 1889. Hirschfeld, *Corpus inscript. latin.*, XIII, pág. 227 y sgts.

tre lo humano y lo divino. Reconocían en todo hombre un principio que participaba de la naturaleza divina y le adoraban cuando ya se había separado de la materia. De ahí el culto de los antepasados en la familia y, en la ciudad, el del fundador, el del héroe. Adoraban también las fuerzas que rigen el universo. Entre estos genios, temibles y bienhechores, el de Roma estaba colocado en primer lugar. Deificaron Roma y con ella el ser casi sobrehumano en que se hallaba personificada, el emperador. Le deificaron muerto y le adoraron vivo.

Los antiguos no concebían una agrupación política que no fuera al propio tiempo religiosa. Toda ciudad, todo grupo de ciudades tenía un culto común que servía de lazo entre sus miembros. La religión imperial apareció, pues, como un complemento necesario, como la piedra angular de la conquista romana. Ella sola podía hacerse aceptar sin resistencia, pues estaba por encima de las religiones locales, como la autoridad del emperador dominaba los gobiernos locales. Comulgar en aquel culto era en el fondo como comulgar en un mismo homenaje á la majestad del Imperio.

No precisa explicar que el culto de tal religión implica una relativa degradación de la dignidad humana. No se compaginaba con los sentimientos que animaron á las antiguas repúblicas. No es raro, por lo tanto, que tomara origen del Oriente, ya acostumbrado al servilismo. La idolatría monárquica pasó del Oriente á Grecia y de Grecia se propagó el contacto por el Occidente. Había llegado el instante en que el mundo, cansado, no veía salvación más que en la dominación de un déspota. De esta providencia visible hizo un dios. Aun cuando el hombre fuera inferior á su cargo, el cargo bastaba para colocarle muy por encima de su condición mortal. Sería pueril, sin duda, no advertir en tal asunto la intervención de los poderes públicos. Se acentúa en algunos casos, y si en otros se disimula, no por obrar á escondidas es menos activa. Pero andaría también equivocado quien no viera en ello más que imposición y bajeza. Los escépticos, que por igual desdeñaban todas las religiones, aceptaban ésta como una institución puramente política. Los demás hallaban en ella una nueva fuente de superstición, plaga que entonces más que nunca afligía á la humanidad.

Precisa distinguir entre el culto que se rendía á los emperadores difuntos y el que se consagraba al emperador vivo. Esta última forma de la religión imperial no se practicó jamás en Roma, á lo menos oficialmente. La ciudad conquistadora parece como que guarda con ello un resto de su antiguo orgullo. El emperador, mientras vivía, no era, si así puede decirse, más que un candidato á la divinidad. Únicamente después de su muerte se le clasificaba entre los *Divi*, es decir, no precisamente dioses, sino hombres que se les asimilaban por la ceremonia de la apoteosis y de la consagración. El Senado era el que concedía ó no esta especie de canonización. Una vez proclamado *Divus*, tenía en la ciudad sus sacerdotes y sus altares. Al privársele de este honor supremo se le borraba de la lista de los buenos soberanos. Así, bajo la apariencia de religión, la apoteosis era para el Senado un medio para juzgar el reinado que acababa, para enaltecerlo ó deprimirlo.

Encontramos el culto de los *Divi* en todos los municipios. Pero al emperador viviente se dirigían todos los

homenajes de las provincias. Roma adoraba á los emperadores que merecieron ser divinizados. Las provincias adoraban al Imperio, es decir, al hombre que lo representaba. Augusto había cuidado de puntualizar perfectamente el carácter de este culto asociándole el de la diosa Roma. Roma no podía adorarse á sí misma; pero era para los pueblos vencidos un objeto de adoración. Su divinidad y la del Augusto reinante se confundían á sus ojos.

La organización del culto provincial variaba según los países y en razón de la iniciativa que se había dejado á las poblaciones. Se diferenció de un modo notable en Oriente y Occidente.

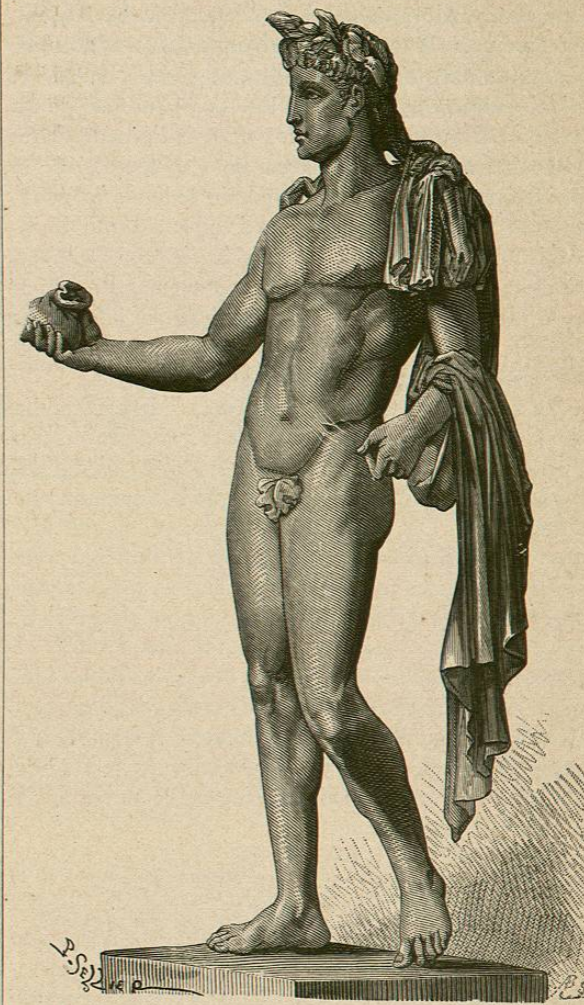
En Oriente pudo adaptarse á instituciones preexistentes; en Occidente fué preciso crearla. Cuando los romanos se apoderaron de los países griegos, hallaron allí multitud de confederaciones, semipolíticas, semirreligiosas, que procuraron hacer inofensivas y que se convirtieron en otros tantos centros de la nueva religión. Bastó para ello añadir sus ceremonias á las que ya de antiguo practicaban. No ocurrió lo mismo en Occidente, donde los organismos políticos eran más rudimentarios. No porque estos pueblos carecieran de gérmenes de instituciones federativas. Ya hemos visto que los Estados galos sabían concertarse cuando convenía; pero sus congresos no eran periódicos, y por lo que hace á las audiencias de los druidas entre los carnutos, inspiraban desconfianza á los romanos. Se operó, pues, sobre terreno nuevo. Así como en Oriente la religión se había introducido como por vía de yuxtaposición, en Occidente tuvo su dominio propio, separado de las antiguas devociones nacionales.

Otra diferencia hay que notar, y es que en Oriente la tradición hizo persistir las antiguas agrupaciones que no se ajustaban, en su mayoría, á la división por provincias. En Occidente nada impidió armonizar las circunscripciones administrativas y religiosas. Por regla general fué la provincia la que marcó los límites de éstas, y la capital se convirtió en punto de residencia del culto. La acción del gobierno debía dejarse sentir de un modo más decisivo en terreno tan nuevo. Se advierte en un fragmento de inscripción descubierto junto á Narbona (1). Este fragmento pertenece, según las apariencias, á una ley promulgada por Augusto, primero de este nombre. Contiene algunas disposiciones muy minuciosas concernientes á los derechos y deberes del sacerdote provincial de la Narbonense.

Pronto penetró la religión imperial en nuestro país. Tuvo su primer templo en Asia, en 29 antes de Jesucristo. Este ejemplo lo siguió Tarragona, en España, en 25. En Galia se imitó el año 12. Druso preparaba entonces su gran campaña contra Germania. Esta perspectiva provocaba alguna agitación en los espíritus. Antes de alejarse, y para prevenir, por una especie de pacto solemne, toda tentativa hostil, reunió una asamblea de notables en Lyon. En esta reunión decidieron los representantes de las ciudades construir á su costa el altar famoso, símbolo de la fidelidad de las tres provincias. Constituían entonces un solo gobierno. Era natural, pues, que tuvieran su punto de concentración en la capital común.

(1) *Corpus inscript. latin.*, XII, página 864, núm. 6.038.

El culto imperial en la Narbonense data, según todas las apariencias, de igual época. Ignoramos en qué época fué instituido en los Alpes Cotíenos, en Susa, y es preciso llegar hasta el 181 después de J. C. para hallarle en Cemelum (Cimiers), en los Alpes Marítimos. Se ha visto que en Germania, desde las primeras guerras, se estableció el altar de los ubios, designado para ser-



Mercurio Augusto, estatua en bronce. (Museo de Rennes.)

vir de núcleo á las naciones renanas. Algunos años más tarde, en 2 antes de J. C., se levantó un altar parecido á orillas del Elba. Pronto fué derribado. Por una demostración parecida, por la erección de un altar consagrado á la dinastía de los Flavios (*Aræ Flaviae*, Rottveil), se afirmó la toma de posesión de los Campos Decumatos.

Tales fueron los centros del culto imperial en Galia. Descuella sobre todos el de las tres provincias en Lyon. No sólo es el más conocido, aquel cuya historia y fisonomía mejor pueden reconstituirse, sino que, por el papel que jugó, por la extensión y profundidad de su influencia, resulta el más importante.

Roma tuvo la soberana habilidad de despertar ó afirmar en los galos el sentimiento de su solidaridad por el mismo medio que imprimía más fuertemente en ellos la idea de su sujeción. La unidad que entrevieran vagamente á través de sus disensiones intestinas, la realizaron al cabo, en el seno de una paz profunda, bajo la tutela de